

## RESEÑA

*A contracultura. Insurrectos, subversivos, insumisos.*

Aduana Vieja (Colección de Estudios Culturales), Valencia, 2009. 364 páginas.  
I.S.B.N.: 978-84-96846-27-2. Edición e introducción a cargo de Ángeles Mateo del Pino y Victoria Galván González.

por Gloria Luz Godínez Rivas  
Universidad de Las Palmas de Gran Canaria

Hay dos imágenes muy potentes que pueden invitarnos a descubrir el contenido de este libro. La primera está en la portada: proviene de acrílico de Trek Thunder Kelly: *The Suicide of Frida Kahlo* (2004) en el que vemos el rostro de la pintora mexicana travestido en un cuerpo masculino, modelo de Calvin Klein en calzoncillos. La segunda está apenas sugerida en el último ensayo de este libro como alegoría para imaginar la mezcla entre placer y dolor: la imagen es un tanto morbosa nos advierte el autor, Santa Teresa como una practicante sadomaso.

En la Kahlo travestida y en Santa Teresa con látigo en mano (o en nalgas) encontramos las imágenes que nos sugieren el contenido teórico de los ensayos que conforman este libro; tenemos dos nombres importantes por su condición, mujeres y disidentes que realizaron la producción poética que hoy las caracteriza, pero tenemos también las obras de estas mujeres que han entrado en la rueda del capital de la actualidad que las engulle y las asume como mercancías culturales. Este libro analiza los significados de eso que llamamos “contracultura” y señala también el comportamiento de las obras “contraculturales” que van de la resistencia a la asimilación una y otra vez, incansablemente como el ave fénix que renace de las cenizas. A la Kahlo travestida y a Santa Teresa sadomasoca se les han agregado nuevos rasgos que las vuelven contraculturales un vez más: *performatividad* de género en la Kahlo, es decir travestismo femenino o cuerpo del homosexual masculino prostituido, codiciado y vendido como mercancía, y, sexualidad heterodoxa en Santa Teresa, misticismo subversivo que renueva la lectura del deseo sadomasoquista en perspectiva con el juego del poder. Dos nombres expuestos en cuerpos marginales, vestidos y desnudados con el simulacro que confunde tanto como trasciende los límites categorizados para la cultura en turno, trasposiciones a partir de las que se abre un abanico de lecturas y reflexiones desarrolladas en *A Contracultura. Insurrectos, subversivos, insumisos*.

Eso que llamamos “contracultura” tiene que ver con cierto espíritu de oposición que se refleja en diferentes obras, comportamientos o prácticas humanas, los temas pueden ser tan variados como se refleja en estos quince ensayos. Cada autor nos abre las puertas para que echemos un vistazo a paisajes poco comunes como las calles de los suburbios sudamericanos en donde se paseaban los homosexuales de barrio que se prostituían durante las dictaduras chilena y argentina, cuerpos vagabundos, cuerpos de la urbe por los que transitan deseo, voz y escritura de Pedro Lemebel y Néstor Perlonger.

En el interior de estos ensayos se tejen diversas historias al margen de la historia universal como la historia de las drogas en el mundo antiguo, donde medicina y magia son una y la misma práctica; o bien, la historia del tratamiento de la eutanasia en el cine a partir de los años setenta cuando aparecen las primeras películas norteamericanas ligadas a temas bélicos y de hospitales, hasta la actualidad con autores como Paul Wendkos, Roberto Bodegas, Clint Estwood y Alejandro Amenábar. Y ligado a este tema tenemos la crítica al ámbito del derecho civil actual en la medida en que se fomenta la mercantilización del dolor con la compensación económica a los “daños y perjuicios”, compensaciones que se persiguen en nuestras sociedades de consumo contemporáneas, como se persigue enfermizamente cualquier entrada de dinero, fomentando así también la figura del victimismo.

En otros ensayos, los autores nos muestran los momentos en los que las personas fueron disidentes o contestatarias, por ejemplo, las mujeres a las que llamaron brujas en la modernidad británica, a las que ahora, a partir de reflexiones como las que aquí encontramos, reconocemos como mujeres que defendieron su dignidad y su entidad en un mundo que las consideraba inferiores; otro ejemplo lo tenemos con la historia de los travestismos femeninos que van desde personajes reales hasta personajes de ficción, en los que se pone de relieve la simulación sobre la que se estructuran los roles de género y de poder de las sociedades. Así también, leemos el artículo que analiza la primera puesta en escena en la ópera clásica en la que se narra el amor homosexual, la ópera de *David et Jonathas* en 1688. Y así como el autor nos señala el momento contracultural en la historia de la ópera, en otro artículo se señala también el punto contracultural de la poesía de vanguardia, un tanto controvertible, este autor nos muestra el machismo y la misoginia en algunos poemas de Oliverio Girondo, Pablo de Rokha y Nicanor Parra.

Habría que señalar cada uno de los singulares paisajes por los que transitamos en este libro, metrópolis y ciudades capitales que concentran la re-producción cultural contra la cual siempre aparecen disidentes, pero vayamos sobre todo al origen de la contracultura, a saber, a los límites y a las fronteras de esas urbes. Migración y prostitución se encuentran en las zonas rosas y en los suburbios, reconocemos la literatura como la única elaboración cultural que transita por los márgenes, la literatura se abre a lo marginal por ser ella misma un territorio al límite, así se ha demostrado en los momentos de dictaduras y prohibiciones, en la dictadura franquista de España, en la dictadura de Pinochet en Chile o en el período especial en Cuba donde la “revolución” arremetía contra los homosexuales y disidentes en general. Momentos de horror y marginación de donde nacen obras literarias que acusan y describen los crímenes que quizá nunca hubiesen sido públicos; literatura, quizá la única posible herencia contracultural en medio de la barbarie, producciones literarias donde se desarrollan los vínculos y límites entre la locura, la marginalidad y el posicionamiento político.

Y es que la insurrección y la subversión tienen que ver sin duda con un posicionamiento político que define que algo o alguien son contraculturales. Resulta curioso remontarse al origen de “lo políticamente correcto”, LPC, a finales de los años ochenta en el ámbito académico norteamericano donde se leían pensadores como Michel Foucault, Jacques Derrida o Julia Kristeva. Herederos de estos filósofos y teóricos del lenguaje, los intelectuales norteamericanos quisieron corregir el uso de la lengua,

intentaron localizar las expresiones con contenido excluyente, quisieron favorecer a las minorías raciales, a las mujeres y a los grupos de enfermos detectando expresiones que se consideraban ofensivas, proponiendo correcciones o modificaciones al lenguaje “políticamente correctas”, por ejemplo, partiendo de una etimología que se sabe falsa, las feministas propusieron “*herstory*” en lugar de “*history*” para evitar el uso del masculino *his* y ocupar en su lugar el femenino *her* creyendo que con esta provocación lingüística se daba lugar a la historia de las mujeres en el compendio de historia universal (hombre, heterosexual, blanco y rico) del cual fueron excluidas. Lo que en un inicio pudo tener un origen insumiso, insurrecto y disidente, es decir, contracultural, poco a poco fue dando lugar a confusiones y posicionamientos tan férreos que LPC fue acusado precisamente de aquello que denunciaba: dictadura lingüística.

Querer que la lengua sea neutra, complaciente y diplomática es cualquier otra cosa excepto disidencia, nuestras palabras tienen que vivir vivas en nuestra lengua, no se eluden compromisos públicos ni morales, se asumen al mismo tiempo que se pronuncian y eso nos coloca en la cultura o contra ella, según sea nuestro libre posicionamiento. Es decir, que es más útil y subversivo producir la historia de las mujeres, realizar una historia insumisa y escribir sobre ello es mejor que cambiar la palabra “*history*” por “*herstory*”. La reflexión por LPC se presenta en dos artículos de este libro de manera explícita, y así como aquellas imágenes de Frida Kahlo travestida y Santa Teresa de cuero negro recibiendo los latigazos del placer nos pueden servir para imaginar el contenido de este libro, también la reflexión por el lenguaje que excluye, que se revierte y se posiciona sin ser lo políticamente correcto, nos puede servir para comprender las temáticas aparentemente tan variadas que componen estos quince ensayos sobre la disidencia, la diferencia y la insumisión de diversas épocas y culturas. Contraculturas.